

EL (POR) VENIR DEL PLANETA Y LOS FUTUROS POSIBLES

Rivera Garza, Cristina. *Terrestre.* Ciudad de México,
Random House, 2025, 176 pp.



Marta F. Extremera

Universidad de Jaén

mfextrem@ujaen.es

<https://orcid.org/0000-0002-7116-1704>

El último libro publicado por Cristina Rivera Garza, *Terrestre* (Random House, 2025), supone a través de un conjunto de relatos la realización perfecta de la premisa inicial de su ensayo anterior, *Escrituras geológicas* (2022): “Regresamos a la tierra” (p. 9). Se inscribe así, de lleno, en el llamado “giro planetario” o “giro terrestre” que latinoamericanistas como Gabriel Giorgi, Jens Andermann y Victoria Saramago (en el ámbito latinoamericano), Francisca Noguero (en el ámbito español) o Jenny Haase y Jörg Dünne (en el ámbito alemán) han propuesto para leer una parte de la literatura de nuestro presente en la que la preeminencia de una mirada “a ras de tierra” —como la que inunda “el paisaje interior” de la narradora de *Niñapájaroglaciario* (2023), Mariana Matija— resulta innegable.

Ese gesto de situar la escritura a ras de tierra, así como la imbricación evidente entre el paisaje exterior e interior, entre la historia natural y la propia se gesta a través de toda la bibliografía de la autora que nos ocupa, configurándose definitivamente en *Autobiografía del algodón* (2020). Así, mientras que en este “el ruido de los cascotes sobre el suelo arenoso”, “los huizachales con sus copas redondas y sus raíces bien hundidas en la tierra” (p. 8), el viento o el polvo enfocan desde el comienzo la imagen de Estación Camarón, en *Terrestre* esa mirada se multiplica, explorando simultáneamente las posibilidades que las distintas relaciones con la tierra (también con la Tierra) y las diversas voces narrativas —ambas, en la narración, siempre en movimiento (protagonista fundamental de la novela)— ofrecen para cuestionar el pasado, construir el presente y asegurar un futuro.

Tras la primera aseveración del ensayo mencionado, Rivera Garza continúa:

Nunca nos hemos ido, ciertamente, pero el olvido estratégico de la materia que nos sostiene y que somos, sobre el que se fundan los quehaceres y la saña de las economías extractivas que ven al globo terráqueo como un caudal sin fin de recursos naturales dispuestos para la explotación, se ha topado con el límite del cambio climático (2022, p. 9).

Y confirma así que la atención a la materialidad del mundo y de los discursos que lo configuran cultural, literaria y mediáticamente no es exclusiva de esta última entrega de su obra, sino un rasgo que atraviesa su proyecto. En esta suerte de relato de viajes polifónico que conforma *Terrestre*, la imbricación de las perspectivas del materialismo histórico y lo que se ha dado en llamar nuevos materialismos funciona como eje articulador de todas las voces. El entretejido de las historias y el entorno natural en el que estas se desarrollan resulta, además de central, claramente generador de significado.

En cada uno de los relatos, esa trabazón adopta formas diversas, siempre modeladas por un movimiento constante, por fronteras que se desplazan y un nomadismo casi constitutivo de un mundo inevitablemente inestable. Dos chicas que huyen de la Ciudad de México, un par de muchachas/garzas que viajan sin rumbo fijo o los operarios de una planta de procesamiento de halibut en la península de Kenai son algunos de los anudamientos desde los que Rivera Garza hace visible lo que Jason W. Moore denomina el *oikeios*: “la relación creativa, generativa y multicapa entre las especies y el medio” (2015, p. 15). En *Terrestre*, esa red de interdependencias no funciona como simple trasfondo natural, sino como un tejido dinámico en el que los cuerpos humanos y no humanos co-producen el sentido mismo de lo viviente y de lo común.

Un papel privilegiado se reserva para la presencia del agua en distintas formas. La lluvia, por ejemplo, no solo conecta a la autora con una tradición mexicana que va de José Revueltas —a quien le dedica uno de los ensayos de *Escrituras geológicas*— a Juan Rulfo —a quien nos remite directamente su obra *Había mucha neblina, o humo, o no sé qué* (2016)— sino que conecta, en el primero de los relatos del libro que nos ocupa titulado precisamente “El significado de la lluvia”, Belfast con Ciudad de México, el conflicto de Irlanda del Norte con la lucha zapatista y esta última obra con el inicio de su carrera a través de la aparición del personaje de Julia O’Bradeigh de

La guerra no importa (1991). El relato histórico y las conexiones que mediante él se establecen (y que implican, además, siempre, reflexiones metaliterarias) se concretan en “la cultura material de los años de ‘The Trouble’” (p. 19) expuesta en un museo que la protagonista visita; esto es, en la materialidad de las bombas que se confunde —apelando a la dimensión sonora— con la de los truenos, los relámpagos y las gotas de agua.

Pero Rivera Garza va más allá: el rastro de la lluvia nos conduce hasta 1984 —año de las explosiones de San Juan Ixhuatepec— y el final de un viaje por carretera de dos jóvenes rebeldes a “los [que] recibió una lluvia pertinaz y cansina en la Ciudad de México” en la que se despiden después de un recorrido paralelo por todo el país y por “*Los conceptos fundamentales del materialismo histórico* de Marta Harnecker o *Los escritos económico-filosóficos* de 1844 de Carlos Marx o, para los más avezados, *La historia del ojo* de Bataille” (p. 93). El texto, titulado “Los leones no están acá” en referencia a “Los leones rondaban la casa” de la uruguaya Marosa di Giorgio, pone en juego una curiosa técnica narrativa que consiste en la formulación en negativo de todo lo que (no) se afirma, dejando abiertas distintas interpretaciones. Así, puede entenderse como la puesta en evidencia de la imposibilidad de la revolución, la negación del futuro de una generación de jóvenes mexicanos o el cuestionamiento del modo en que la nación ha construido su propio relato.

En “Los que me ayudan a mudarme también están en movimiento”, de nuevo un paisaje que cobra vida acompaña el desplazamiento de otros jóvenes protagonistas que continúan tratando de pensar qué es un país, cuál es su futuro, cómo habitar un mundo en constante transformación. Aquí la lluvia que también los sigue “conecta el cielo con la tierra”. Ambas instancias emergen en este caso para dinamitar cualquier certeza previa, para fundar una ontología inestable, siempre provisional, más ligada al movimiento que a la quietud de las esencias sobre las que el Ser (de Occidente) tiende a sustentarse: “Un viaje por un territorio, que no un país. Un viaje sin soberanía. Porque nada de esto nos pertenece, ¿te das cuenta? No somos del camino ni de las señales del camino ni del lenguaje de las señales del camino. No somos del cielo ni de la luz que franquea las capas del cielo ni de las aves que lo atraviesan. No somos de esta superficie terrestre. No somos sujetos. No somos de aquí” (p. 140-141).

¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde vamos? ¿De dónde venimos? Son los interrogantes que atraviesan cada una de las historias que componen el libro. La llovizna —siguiendo el hilo que trato de trazar aquí— conecta también las afueras de la ciudad de “Prácticas de campo” con los alrededores de

Ninilchik en “Todo se está despidiendo” pero, sobre todo, todas las vidas que aparecen tanto en estos relatos como en los demás están imbricadas a través de lo que unx de lxs narradorxs del primero denomina “solidaridad cosmológica. Ser uno con los elementos”. Todas las voces —en algunos casos, como el de las dos partes mencionadas, más evidentemente comunales que en otros— se articulan entre sí en la asamblea imaginada de obrerxs, jóvenes revolucionarixs y rebeldes que se constituye con cada lectura; todos los cuerpos vivos se entrelazan unos con otros bajo un “Sol de otro planeta” que no solo “mira desde el futuro y desde el pasado a la vez” (p. 36) sino que pica la piel de quienes viajan y golpea las crestas de las “Pajarracas” (seres mitad mujeres, mitad pájaras que viajan también por buena parte del territorio mexicano). Y, sin embargo, ese planeta está aún por venir.

El porvenir se signa desde el primer relato hasta el último en el agua. Más allá de la lluvia, el lago, “el agua de Arareco” funciona en “Sol de otro planeta” como línea de fuga “de la ley, de la familia, del deber ser” (p. 56) para dos muchachas que huyen de la ciudad y de los imperativos sociales que van cobrando fuerza al final de la infancia. En “Pajarracas”, el mar de Cancún se convierte en refugio para las dos mujeres/garza cuya condición las liga inexorablemente a ese entorno marino. Pero es en la última de las historias donde puede intuirse un “planeta todavía por nacer” en los pasillos encharcados de una planta de halibut —que, además, se cristalizan en la imagen de un útero— motivando una (re)lectura hidrofeminista de todo el conjunto. Con el gesto de enfundarse un traje de caucho (cuya materialidad asocia de por sí naturaleza y esclavitud en el contexto latinoamericano) los trabajadores se adecuan a las condiciones de la planta al tiempo que habilitan un símil con los astronautas, es decir, los únicos seres con la capacidad de descubrir nuevos mundos, de explorar las posibles salidas. También los únicos capaces de visionar, desde el espacio, que la mayor parte de la superficie de la Tierra está cubierta de agua.

Si en “Prácticas de campo” lxs integrantes de la asamblea reconocen que “sólo en las fiestas de los anarquistas y en los bailes de las feministas nos podemos mover a nuestro modo, sin recibir órdenes de otros” (p. 70), Rivera Garza arma, en la serie de cuentos que torna territorio de una imaginación común, su propia verbena para no dejar de “insistir que otro mundo, otra estratósfera, otro sistema solar era posible” (p. 122). Al mismo tiempo, todos los asistentes, los que somos “viajeros de tierra” (p. 157) y astronautas, los que “venimos de lejos” (p. 65) y los que “venimos del monte, del futuro, de

la boca del animal” (p. 66) nos vemos obligados a confirmar que “ese otro mundo que tenemos que hacer existir ahora [...] es este mismo mundo, la Tierra, que deberíamos aprender a mirar desde cerca” (Fleisner, 2023, p. 185). El encuentro está en marcha y la invitación permanece abierta.

Referencias

- Fleisner, P. (2023). Prolegómenos para una cosmoestética materialista posthumana futura. En G. Chirolla, A. M. Rosas Rodríguez & H. Salinas Leal (Eds.), *Umbrales críticos. Aportes a la pregunta por los límites de lo humano* (pp. 183–204). Pontificia Universidad Javeriana.
- Moore, J. W. (2015). *Capitalism in the web of life: Ecology and the accumulation of capital*. Verso.
- Rivera Garza, C. (2020). *Autobiografía del algodón*. Random House.
- Rivera Garza, C. (2022). *Escrituras geológicas*. Iberoamericana.